

MEMORANDUM.

Para el C. Gral. Brig.
Agustín Mustieles Jr.
Director de la Penitenciaría del Distrito
P r e s e n t e . -

MANUEL TREJO MORALES solicitó hablar conmigo para asunto relativo a su prisión y a su proceso, y previas las autorizaciones del caso acudí a su celda número 69 de la Cruzía "A" hoy a las cuatro de la tarde.

Lo encontré sentado en su cama en actitud de profunda introspección; se levanta al verme y advierto un marcado enrojecimiento en los ojos y un ligero temblor nervioso en las manos. Parece no haber dormido o haber llorado. Su continente es sereno y su gesto respetuoso y cordial.

Empieza por excusarse de haberme llamado insistentemente y me dice cual fue el motivo que lo impulsó a ello: En mis declaraciones rendidas ante el C. Procurador de la República y la noche de mi detención, bien a mi pesar, víctima de mi estado nervioso e imposibilitado por el momento para precisar determinados hechos incurri en algunos errores, mas bien dicho en algunas falsedades aún cuando de manera absolutamente inconciente e involuntaria. Yo quisiera rectificar esos puntos ante el Sr. Procurador General de la República, pues me interesa sobre manera que él, y las autoridades que han de juzgarme, me crean, desde un principio, absolutamente veraz. Yo estoy dispuesto a decir la verdad, solamente la verdad y quiero que se me crea. Por eso me interesa rectificar estos puntos ante el señor Procurador General. Además, deseo suplicar al mismo señor Procurador, se haga a la mayor brevedad posible la consignación de mi caso, tengo ansias de salir de esta inquietud, de este sobresalto de casi cuatro años, que ya venía siendo insoportable para mí.

Confirmando esta última aseveración Manuel Trejo Morales, me dice que en más de una ocasión durante los últimos meses estuvo a punto de entregarse voluntariamente a la justicia. Habló con su madre y ella lo disuadió de ello, expresándole sus temores de lo que pudiera sucederle, y él obedeció la indicación maternal y siguió en su actitud anterior hasta el día de su aprehensión.

Me hizo en seguida un minucioso relato sobre su larga estancia en el Estado de Morelos, sobre todo en Cuautla y en San Mateo, sobre su cambio de nombre, las actividades a las cuales se dedicó y su viaje a Estados Unidos cuando después de dos años se sintió en peligro dentro de la República a la cual, volvió muy pronto dedicándose a la venta de calzado de señora en distin-

tos lugares haciendo viajes frecuentes a la capital, generalmente en camión hasta el momento de su detención, recién llegado de su último viaje. Omito el consignar estos datos por cuanto que todos ellos sobran en poder de usted.

Ya en plano de conversación le interrogué sobre la ocasión, la forma, los antecedentes de su asociación con la Madre Concepción Acevedo de la Llata y su hermana Josefina, con María Elena Manzano, Castro Balda y socios, etc., etc., para la consumación de los atentados dinamiteros de 1928, y los complotos contra la vida del General Obregón, Presidente Electo de la República, que culminaron con su muerte en el parque de la Bombilla a manos de José León Toral. El relato de Trejo Morales sobre el particular es en lo esencial, el siguiente:

Un primo suyo, Jorge Gallardo, procesado y sentenciado entonces, era amigo del Ingeniero Segura Vilches, autor del atentado contra la vida del General Obregón en el bosque de Chapultepec, y ejecutado en unión de los Pro-Juárez en el patio de la Inspección General de Policía. Esta ejecución produjo gran indignación en el ánimo de Jorge Gallardo, quien trataba de comunicarla a su pariente Manuel Trejo, quien según su decir, es un católico moderado, muy lejos de ser observante, y que nunca ha llegado a los linderos del fanatismo, ni puesto interés en los casos de la política. En tal situación un amigo de los Estados Unidos, escribió a Jorge Gallardo pidiéndole informes sobre México, a fin de venir a trabajar a esta ciudad, y Gallardo hubo de contestarle que ni siguiera pensara en semejante cosa, pues que este era un país de salvajes en el que se cometían atentados sin nombre; y de paso injuriaba gravemente al Gobierno constituido y a las autoridades de la República. La carta fué interceptada y censurada y Jorge Gallardo llevado a la Inspección General de Policía en cuyos sótanos permaneció por varios meses. Las religiosas Acevedo y de la Llata eran asiduas visitantes de los separos de la Inspección, a los que acudían, según su decir, en piadosa misión haciendo pequeños obsequios a los reclusos, entre los cuales llevaban también a cabo, una franca labor de catequismo; solía acompañarla María Elena Manzano. El día que se acordó la libertad de Jorge Gallardo un grupo de amigos, en el que se encontraba Manuel Trejo Morales, fueron a esperarlo a la Inspección General de Policía, con el fin de invitarlo a que comiera y paseara con ellos; pero Gallardo se negó, diciendo que su primera obligación era la de acudir a la casa de la madre Conchita, a darle las gracias por los servicios que le había prestado en la prisión. Lo acompañaron hasta la calle de Zaragoza, al Conventículo de las citadas religiosas; entró Gallardo, y sus amigos lo esperaron en la calle, donde se entregaron a juegos más o menos ruidosos que llamaron la atención del vecindario; y como las horas pasaron sin que Gallardo saliera de su entrevista con la madre Concepción, ellos se sentaron en los quicios de las puertas fronterizas a esperarlo pacientemente. Pasadas tres horas, o más, Gallardo salió, visiblemente emocionado, y los invitó a que entraran al conventículo a saludar a la religiosa. Ellos se negaron, pero ante la insistencia del amigo, accedieron, entraron se encontraron frente a la madre Concepción, hablaron con ella largamente del asunto del día, y de esa entrevista salió Trejo Morales, que entonces tenía 19 años escasos, presa de la sugestión de aquella mujer, co-

####

gido en la red de su dialectica y convencido como a todos los jovencitos como entonces la trataran de que era una mujer extraordinaria que tenía en los labios la palabra evangélica. Así fué como se sembró en su espíritu la simiente que después lo llevó a sus actos delictuosos. Siguió en trato mas o menos frecuente con el mismo grupo y un día, una persona desconocida le llamó por teléfono diciéndole que lo esperaban en la casa de las "Conchitas". El tenía entonces una novia que se llamaba Conchita, y su primo Jorge pretendía a otra Señorita del mismo nombre, así que él imaginó que esas eran las Conchitas que lo esperaban. Llegó a la casa, se dió cuenta inmediata de que no había preparativos ningunos de espera para él y directamente se fué a su domicilio en el que recibió una nueva llamada telefónica, en la que se le decía que era en la casa de la madre Concepción Acevedo en la que se le esperaba a comer. Y en esa ocasión, fué en la que se resolvió lo del viaje a Celaya en compañía de María Elena Manzano que estaba presente, para asesinar al General Obregón. Hicieron el viaje, se hospedaron en la casa de la familia Diez de Sollano; y una vez en el plano de la realidad y ante la proximidad del hecho, se dieron cuenta clara de que su proyecto era tan absurdo como irrealizable, y se dedicaron a pasear él y María Elena Manzano, -una simpática muchacha en los recuerdos de Trejo Morales, -se fueron a los toros y resolvieron regresar a México, sin pensar más en la consumación del proditorio crimen. Después, fué llevado a la calle del Chopo en donde Castro Balda y socios fabricaban las bombas y él, ya en la pendiente de la conspiración, inficionado de pasión sectaria, con la inexperiencia de su juventud tan torpemente aprovechada por otros aceptó ser uno de los que fueran a colocar los explosivos en la Cámara de Diputados. Trejo Morales reconoce que si eso se lo proponen hoy, a los 24 años y después de lo vivido y sufrido, se niega rotundamente y reconoce también que las bombas estaban pesimamente fabricadas. El, que había prendido la mecha de la bomba que le correspondía y que no sabe si explotó o no, al llegar a la esquina de las calles de la República de Cuba y de Allende, escuchó una detonación formidable y se sintió un poquitillo perturbado; pero por la tarde pasó frente al edificio de Donceles y se encontró con que la Cámara de Diputados estaba intacta y no parecía sino que allí no hubiese pasado nada.

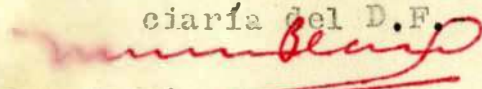
Después, su ocultamiento en casa de la señora Vda. de Altamira para escapar a la persecución policiaca, pues se le seguían los pasos de cerca. En la casa de la señora Vda. de Altamira, fue donde empezó a tratar, junto con los demás jóvenes complotistas que lo visitaban a José de León Toral, a quien nunca, ni él ni sus amigos, supusieron capaz de un acto semejante. Toral manifestaba una absoluta pasividad, jamás se le vió ni alterado ni violento, nunca una palabra más alta que otra y sus ocupaciones esenciales eran las de organizar rosarios, novenas y misas, pues era un observante católico apasionado, y admirador y seguidor vehemente de la madre Concepción, en la que suponía una suma extraordinaria de virtudes. Poco antes del atentado, dice Trejo Morales, que oyó decir a Toral, en una reunión en casa de la señora Vda. de Altamira, que la acción conjunta que estaban llevando a cabo los católicos, militantes en contra del Gobierno Revolucionario, era inútil y que se necesitaba la acción personal, directa, inmediata de un hombre solo, capaz de sacrificarse por todos. Insiste, en que la pistola, que a él le había regalado su amigo Joaquín Navarro, y que él prestó a Toral, y fué

el instrumento del delito, no fué facilitada precisamente para ello, pues que Toral sólo le dijo que deseaba ejercitarse al tiro al blanco. Cuando en su refugio, se enteró por los periódicos del asesinato del General Obregón, él identificó a Toral como el autor, por las señas de la pistola, y por el nombre de "Juan" que dió en un principio, pues que Toral tenía un hijo pequeño de ese nombre, y él mismo en juegos con el niño y en su vida de familia se llamaba y se hacía llamar Juan. Estuvieron comentando lo insólito de aquel hecho pues todos suponían a Toral incapaz de una acción de tal naturaleza. Como un día llegara a la casa de la señora Vda. de Altamira, una carta equivocadamente llevada a aquel domicilio y dirigida a Manuel Trigo ellos supusieron, por la semejanza del nombre de Manuel Trejo con el de Manuel Trigo, que su escondite había sido descubierto y entonces se buscó talojo, en tanto salía de la ciudad en la casa de uno de los familiares de José de León Toral.

Trejo Morales insiste a cada paso, en que el dirá la verdad toda, y que su único anhelo, es el de que de una vez se resuelva su situación. Dice que ha empezado a descansar, reconoce que en aquel entonces, obró en su voluntad y en su pensamiento una fuerte sugestión exterior, de la que hasta hoy se dá cuenta y admite su error de arrojar sobre un hombre o una administración, culpas que, lógicamente, no pueden ser suyas.

México, D.F., a 10 de febrero de 1932.

El Secretario de la Penitenciaría del D.F.


Manuel Múzquiz Blanco.

MEMORANDUM.

Para el C. Gral. Brig.
Agustín Mustiolas Jr.
Director de la Penitenciaría del Distrito
Presente. -

MANUEL TREJO MORALES ha venido conmigo para
asunto de sus actividades en las auto-
nómicas de caso a saber de la Cruzía "A"
de las cuales es el propietario.

Le he informado de la existencia de pro-
blemas en el Estado de Morelos y de la
situación económica de los habitantes de
esta zona. Paese de que el Sr. Trejo
se ha dedicado a la agricultura.

En el mes de mayo de 1934, cuando
estaba en el Estado de Morelos, se
le presentó un problema de carácter
económico. En consecuencia, se
le recomendó que se dedicara a la
venta de calzado de señora en
distintos puntos del Estado.
El Sr. Trejo aceptó esta recomendación
y se dedicó a la venta de calzado
de señora en el Estado de Morelos.
En consecuencia, se le recomendó
que se dedicara a la venta de calzado
de señora en el Estado de Morelos.

Confirmando esta última aseveración Manuel Trejo
Morales, se dice que en más de una ocasión durante los últimos me-
ses estuvo a punto de entregarse voluntariamente a la justicia. Ha-
bló con su madre y ella lo disuadió de ello, expresándole sus te-
mores de lo que pudiera sucederle, y él obedeció la indicación ma-
ternal y siguió en su actitud anterior hasta el día de su aprehen-
sión.

Me hizo en seguida un minucioso relato sobre su
larga estancia en el Estado de Morelos, sobre todo en Cuantla y
en San Mateo, sobre su cambio de nombre, las actividades a las cua-
les se dedicó y su viaje a Estados Unidos cuando después de dos a-
ños se sintió en peligro dentro de la República a la cual volvió
may pronto dedicándose a la venta de calzado de señora en distin-

tos lugares haciendo viajes frecuentes a la capital, generalmente en camión hasta el momento de su detención, recién llegado de su último viaje. Omito el consignar estos datos por cuanto que todos ellos sobran en poder de usted.

Ya en plano de conversación le interrogué sobre la ocasión, la forma, los antecedentes de su asociación con la Madre Concepción Acevedo de la Llata y su hermana Josefina, con María Elena Manzano, Castro Balda y socios, etc., etc., para la consumación de los atentados dinamiteros de 1928, y los complots contra la vida del General Obregón, Presidente Electo de la República, que culminaron con su muerte en el parque de la Bombilla a manos de José León Toral. El relato de Trejo Morales sobre el particular es en lo esencial, el siguiente:

Un primo suyo, Jorge Gallardo, procesado y sentenciado entonces, era amigo del Ingeniero Segura Vilches, autor del atentado contra la vida del General Obregón en el bosque de Chapultepec, y ejecutado en unión de los Pro-Juárez en el patio de la Inspección General de Policía. Esta ejecución produjo gran indignación en el ánimo de Jorge Gallardo, quien trataba de comunicarla a su pariente Manuel Trejo, quien según su decir, es un católico moderado, muy lejos de ser observante, y que nunca ha llegado a los linderos del fanatismo, ni puesto interés en los casos de la política. En tal situación un amigo de los Estados Unidos, escribió a Jorge Gallardo pidiéndole informes sobre México, a fin de venir a trabajar a esta ciudad, y Gallardo hubo de contestarle que ni siguiera pensara en semejante cosa, pues que este era un país de salvajes en el que se cometían atentados sin nombre; y de paso injuriaba gravemente al Gobierno constituido y a las autoridades de la República. La carta fué interceptada y censurada y Jorge Gallardo llevado a la Inspección General de Policía en cuyos sótanos permaneció por varios meses. Las religiosas Acevedo y de la Llata eran asiduas visitantes de los separos de la Inspección, a los que acudían, según su decir, en piadosa misión haciendo pequeños obsequios a los reclusos, entre los cuales llevaban también a cabo, una franca labor de catequismo; solía acompañar a María Elena Manzano. El día que se acordó la libertad de Jorge Gallardo un grupo de amigos, en el que se encontraba Manuel Trejo Morales, fueron a esperarlo a la Inspección General de Policía, con el fin de invitarlo a que comiera y paseara con ellos; pero Gallardo se negó, diciendo que su primera obligación era la de acudir a la casa de la madre Conchita, a darle las gracias por los servicios que le había prestado en la prisión. Lo acompañaron hasta la calle de Zaragoza, al Conventículo de las citadas religiosas; entró Gallardo, y sus amigos lo esperaron en la calle, donde se entregaron a juegos más o menos ruidosos que llamaron la atención del vecindario; y como las horas pasaron sin que Gallardo saliera de su entrevista con la madre Concepción, ellos se sentaron en los quicios de las puertas fronterizas a esperarlo pacientemente. Pasadas tres horas, o más, Gallardo salió, visiblemente emocionado, y los invitó a que entraran al conventículo a saludar a la religiosa. Ellos se negaron, pero ante la insistencia del amigo, accedieron, entraron se encontraron frente a la madre Concepción, hablaron con ella largamente del asunto del día, y de esa entrevista salió Trejo Morales, que entonces tenía 19 años escasos, presa de la sugestión de aquella mujer, co-

###

gido en la red de su dialectica y convencido como a todos los jovencitos como entonces la trataran de que era una mujer extraordinaria que tenía en los labios la palabra evangélica. Así fué como se sembró en su espíritu la simiente que después lo llevó a sus actos delictuosos. Siguió en trato mas o menos frecuente con el mismo grupo y un día, una persona desconocida le llamó por teléfono diciéndole que lo esperaban en la casa de las "Conchitas". El tenía entonces una novia que se llamaba Conchita, y su primo Jorge pretendía a otra Señorita del mismo nombre, así que él imaginó que esas eran las Conchitas que lo esperaban. Llegó a la casa, se dió cuenta inmediata de que no había preparativos ningunos de espera para él y directamente se fué a su domicilio en el que recibió una nueva llamada telefónica, en la que se le decía que era en la casa de la madre Concepción Acevedo en la que se le esperaba a comer. Y en esa ocasión, fué en la que se resolvió lo del viaje a Celaya en compañía de María Elena Manzano que estaba presente, para asesinar al General Obregón. Hicieron el viaje, se hospedaron en la casa de la familia Diez de Sollano; y una vez en el plano de la realidad y ante la proximidad del hecho, se dieron cuenta clara de que su proyecto era tan absurdo como irrealizable, y se dedicaron a pasear él y María Elena Manzano, -una simpática muchacha en los recuerdos de Trejo Morales, -se fueron a los toros y resolvieron regresar a México, sin pensar más en la consumación del proditorio crimen. Después, fue llevado a la calle del Chopo en donde Castro Balda y socios fabricaban las bombas y él, ya en la pendiente de la conspiración, inficionado de pasión sectaria, con la inexperiencia de su juventud tan torpemente aprovechada por otros aceptó ser uno de los que fueran a colocar los explosivos en la Cámara de Diputados. Trejo Morales reconoce que si eso se le proponen hoy, a los 24 años y después de lo vivido y sufrido, se niega rotundamente y reconoce también que las bombas estaban pesadamente fabricadas. El, que había prendido la mecha de la bomba que le correspondía y que no sabe si explotó o no, al llegar a la esquina de las calles de la República de Cuba y de Aliende, escuchó una detonación formidable y se sintió un poquitillo perturbado; pero por la tarde pasó frente al edificio de Sencelles y se encontró con que la Cámara de Diputados estaba intacta y no parecía si no que allí no hubiese pasado nada.

Después, su ocultamiento en casa de la señora Vda. de Altamira para escapar a la persecución policiaca, pues se le seguían los pasos de cerca. En la casa de la señora Vda. de Altamira, fue donde empezó a tratar, junto con los demás jóvenes completistas que lo visitaban a José de León Toral, a quien nunca, ni él ni sus amigos, supusieron capaz de un acto semejante, Toral manifestaba una absoluta pasividad, jamás se le vió ni alterado ni violento, nunca una palabra más alta que otra y sus ocupaciones esenciales eran las de organizar rosarios, novenas y misas, pues era un observante católico apasionado, y admirador y seguidor vehemente de la madre Concepción, en la que suponía una suma extraordinaria de virtudes. Poco antes del atentado, dice Trejo Morales, que oyó decir a Toral, en una reunión en casa de la señora Vda. de Altamira, que la acción conjunta que estaban llevando a cabo los católicos, militantes en contra del Gobierno Revolucionario, era inútil y que se necesitaba la acción personal, directa, inmediata de un hombre solo, capaz de sacrificar se por todos. Insiste, en que la pistola, que a él le había regalado su amigo Joaquín Navarro, y que él prestó a Toral, y fué

el instrumento del delito, no fué facilitada precisamente para ello, pues que Toral sólo le dijo que deseaba ejercitarse al tiro al blanco. Cuando en su refugio, se enteró por los periódicos del asesinato del General Obregón, él identificó a Toral como el autor, por las señas de la pistola, y por el nombre de "Juan" que dió en un principio, pues que Toral tenía un hijo pequeño de ese nombre, y él mismo en juegos con el niño y en su vida de familia se llamaba y se hacía llamar Juan. Estuvieron comentando lo insólito de aquel hecho puesttodos suponían a Toral incapaz de una acción de tal naturaleza. Como un día llegara a la casa de la señora Vda. de Altamira, una carta equivocadamente llevada a aquel domicilio y dirigida a Manuel Trigo ellos supusieron, por la semejanza del nombre de Manuel Trejo con el de Manuel Trigo, que su escondite había sido descubierto y entonces se buscó a lojo, en tanto salía de la ciudad en la casa de uno de los familiares de José de León Toral.

Trejo Morales insiste a cada paso, en que el dirá la verdad toda, y que su único anhelo, es el de que de una vez se resuelva su situación. Dice que ha empezado a descansar, reconoce que en aquel entonces, obró en su voluntad y en su pensamiento una fuerte sugestión exterior, de la que hasta hoy se dá cuenta y admite su error de arrojar sobre un hombre o una administración, culpas que, logicamente, no pueden ser suyas.

México, D.F., a 10 de febrero de 1932.

El Secretario de la Penitenciaría del D.F.-


Manuel Múzquiz Blanco.